

## Los niños de la pobreza argentina

*En la información que sobre Argentina nos proporcionan los medios de comunicación, irrumpen las imágenes de unos niños extenuados por la enfermedad y por el hambre. Es el cuadro dramático que tantas veces recibimos del África profunda, pero que no imaginamos propio del país americano. Nuestra conmoción se agudiza porque en nuestro imaginario, la Argentina es, a pesar de sus crisis, un país de inagotables recursos económicos y humanos, en el que no tendrían cabida estas realidades. La coincidencia de su difusión con la declaración de imposibilidad de pago de determinados compromisos internacionales nos despierta la sospecha de una manipulación interesada y oportunista.*

Esta percepción es mayor cuando, por ejemplo, la peculiar primera dama, Hilda «Chiche» Duhalde, aparece en Tucumán, la provincia de donde proceden las imágenes que nos han escandalizado; y se erige en responsable del programa *Operación Rescate* que, supuestamente, salvará a la infancia desnutrida. Nos preguntamos hasta qué punto esas imágenes son representativas de la realidad social argentina, de la pobreza estructural del país. ¿Cabe imputar a la crisis reciente y actual

la aparición «súbita» de niños desnutridos? Hay manipulación, pero de una pobreza real, agudizada en estos últimos años, pero antigua.

### **Algunas cifras sobre la pobreza**

Siempre es difícil conocer la exacta dimensión de la pobreza real de un país. La frialdad de los datos de la economía macroestructural y los eufemismos con los que se dan a conocer resultan poco esclarecedores. Pero basta una mirada a las cifras —incluso las oficiales, sujetas al maquillaje— para que se revele la evidencia del deterioro de la economía y de un empobrecimiento imparable desde hace décadas.

Según la encuesta permanente de hogares, en la zona del Gran Buenos Aires, que, por cierto, no es la peor, la tasa de desocupación ha crecido desde el 6,3 % en 1988 al 22 % en mayo del 2002. Si en 1988 vivía en el conurbano bajo la línea de la indigencia un 5,5 % de hogares y bajo la de la pobreza un 22,5 %; en mayo del 2002, las cifras se disparan, respectivamente, al 16 y al 37,7 % de familias: más del 50 % de pobres. En el nuevo paisaje nocturno de la Capital Federal, los indigentes son de carne y hueso: familias enteras de cartoneros y desheredados, como sombras hambrientas, rebuscan en los botes de basura lo que sea, con tal de sobrevivir.

Si consideramos los datos sobre la realidad del interior provincial, los índices son todavía más dramáticos: en el Noreste, 38,8 % de personas indigentes; en el Noroeste, el 29,5 %. Quien se ha adentrado en ciertas zonas del interior, sabe que hay grupos humanos casi olvidados por la civilización, que malviven en amplias extensiones sin explotar, en los márgenes de la humanización.

### **Una pobreza estructural agudizada por la crisis**

Independientemente de la posible manipulación de la noticia, la realidad es que en la Argentina hay pobreza estructural desde hace tiempo.

Aunque las proporciones nunca fueron las de otros países hispanoamericanos, los desamparados siempre han estado ahí, en el olvido, especialmente en algunas zonas del interior y del Gran Buenos Aires; incluso en las etapas del espejismo de la bonanza económica. La actual coyuntura ha agudizado la pobreza hasta extremos insospechados, y la ha hecho más visible a los ojos del mundo. Según la CEPAL, desde 1997 a la fecha, podemos hablar de 20 millones de pobres adicionales en la región y, de ese total, un tercio se concentra en Argentina. Los desequilibrios –sociales, regionales– proceden de un federalismo mal entendido, a merced de caudillos políticos; del endeudamiento y de las devaluaciones brutales de gobiernos civiles y militares; pero el modelo neoliberal impulsado por Menem en los noventa, los intensificó de forma definitiva.

En la década del menemismo, el capital financiero circuló sin regulación, transfirió sus ganancias especulativas al exterior, exigió conversión de pesos a dólares en una relación 1 a 1, en la que se denominó nueva «Patria Financiera». No hubo subsidios ni protección para la producción local y se flexibilizó la relación laboral, sin prevención para los millones de trabajadores, sin subsidios ni seguros. Se privatizaron las empresas y servicios que prestaba el Estado –la consigna fue «*achicar el Estado para agrandar la Nación*»– desregulando precios y tarifas, casi sin controles. Estas ventas patrimoniales –Yacimientos Petrolíferos Fiscales y sus reservas, Aerolíneas Argentinas, teléfonos, electricidad, etc.– trajeron, por unos años, ingresos adicionales que encubrieron la situación de quebranto que la economía nacional comenzaba a padecer. Las economías regionales murieron; y las exportaciones se vieron restringidas casi exclusivamente a materias primas: hidrocarburos y producción agrícola y ganadera. Esta última debe competir en inferioridad de condiciones, con países que mantienen altos subsidios a su propia producción, lo que limita los márgenes de rendimiento: las exportaciones agrícolas crecen en volumen y decrecen en ganancias.

Argentina se convirtió en un país deuda/dependiente: el balance comercial fue negativo, pero se mantuvo en equilibrio tomando deuda externa –de modo creciente– que ya no se podía pagar. De fondo, la

pugna entre el empresariado vinculado al aparato financiero y a las privatizaciones, que mantenía las exigencias de convertibilidad absoluta, ninguna restricción a las tarifas ni a los intereses usurarios, y la libre salida de sus ganancias fuera del país en cualquier momento; y los grupos exportadores que presionaban fuertemente por una devaluación que les permitiera mayores márgenes de ganancia. Como resultado de este patrón económico, que llevó a la práctica desaparición de la industria nacional, imposibilitada de competir con productos provenientes de países con mano de obra esclava o altamente tecnificados, los pobres son hoy muchos más, y con menos recursos; y los ricos, menos, pero mucho más ricos. Cientos de miles de fábricas cerraron y el desempleo se convirtió en la mayor causa de pobreza, exclusión, violencia y desintegración social. Según las cifras oficiales, más del 20% está totalmente desempleado (no trabaja ni una hora semanal), en tanto que el 24% trabaja a tiempo parcial e insuficiente. De los ocupados, el 40% tiene empleo irregular, es decir, sin seguridad social ni protección sobre su salud.

### **El peso de la deuda y los nuevos pobres del *corralito***

El Ministro de Economía, Domingo Cavallo, ideó en el 2001 un mecanismo por el cual toda la recaudación fiscal quedó sujeta al pago de la deuda —superior al 120% del total del PBI, con una disminución del 40 % de la recaudación fiscal—, comprometiendo salarios, pensiones y acción social. Generó un inmenso conflicto social y sin embargo no pudo pagar los vencimientos de la deuda **de 140 mil millones de dólares**. La sucesión de presidentes que vinieron tras los *cacerolazos*, continuaron «garantizando la gobernabilidad», con la postergación del bien común. Otra vuelta de tuerca del peronismo que viene devastando un país que era la promesa abierta a miles de inmigrantes de todo el mundo, en otro tiempo. Cuando se rompió la falsa paridad, las fórmulas neoliberales mostraron su virulencia devastadora. Suele decirse que el sistema no podía sostenerse en la ficción paritaria por más tiempo; pero ¿quién advirtió de ese riesgo a los ciudadanos? Vino la bancarización obligatoria, imprescindible para cobrar un sueldo; y

trampa mortal a la que siguió el *corralito*, que despojó a los argentinos de su propio dinero. Hubo quienes, advertidos, sacaron todo su dinero al exterior, y ahora son mucho más ricos (**se calcula en 160 mil millones de dólares el capital argentino en el extranjero**). Los simples contribuyentes, que no contaron con información privilegiada, se quedaron de pronto literalmente sin sus ahorros de toda la vida, sin lo ganado con su esfuerzo. El despojo impune –los bancos no han devuelto el dinero a sus legítimos dueños, han bloqueado amparos judiciales y han jugado a cambiar dólares por bonos pagaderos en diez años– rompió la cadena de pagos, cerró miles de empresas, y la masa de pobres e indigentes siguió creciendo.

El dichoso *corralito* hizo estragos en casi todos, pero más en la sufrida clase media argentina de profesionales y dueños de la pequeña y mediana empresa: los empleos que estas proporcionaban, se volatilizaron; y los emprendedores, o han emigrado o están a punto de hacerlo. Entre ellos, muchos son, a su vez, hijos de la emigración europea que se ven obligados a desandar el largo camino de sus padres, o a engrosar las listas de los desocupados. La concentración de la riqueza alcanza niveles escandalosos: menos de un centenar de grupos económicos manejan la economía nacional; y los pobres, que eran el 13% de la población en 1985, hoy son el 50%. La mayoría de los pobres son niños y la mayoría de los niños son pobres: el 56% de los menores de 14 años; el 14% de los cuales vive en la indigencia.

### Más pobres, menos salud

Esta crisis hace más notorias las deficiencias sanitarias de antaño y crea otras nuevas. Los médicos denuncian el incremento de enfermedades y de enfermos, los casos de desnutrición infantil, de pequeños que se desmayan de hambre en las escuelas. Ahora surgen, como de la nada, informes sanitarios que nos descubren que la esperanza de vida de ciertas regiones, no supera la de los países del tercer mundo. En Tucumán, 46 años en 1991. Las bajas tasas de mortalidad infantil (TMI) y de analfabetismo que en otras épocas eran el orgullo de los argentinos,

se acercan cada vez más al mundo subdesarrollado: TMI de 16,6 por cada mil nacidos vivos; desde 9,4 en la ciudad de Buenos Aires, hasta los 30,6 en Corrientes; y la media nacional de mortandad materna es de 43 por cien mil niños nacidos vivos; variando entre 11 en Buenos Aires y 50,4 en Corrientes. La Federación Argentina de Graduados en Nutrición calcula, a la baja, en ocho millones el número de personas con problemas de salud por falta de hierro; el 66 % de los niños de entre 6 y 24 meses en Chaco, el 55 en Corrientes y el 48 en el Gran Buenos Aires. En un país que no llega a los 40 millones de habitantes, más de diez millones de niños con carencias alimenticias y sanitarias graves hacen difícil calcular sus consecuencias.

En este contexto, donde faltan los medicamentos más elementales —las medicinas son, en Argentina, y según estudios comparativos, los más caros del mundo—, cobra especial relieve la noticia de que el Banco Interamericano de Desarrollo pusiera, como una de las condiciones para asignar un préstamo al Estado, que las medicinas fueran compradas en determinados laboratorios y países... y que se aceptara. Aquí apunta una de las principales causas de esta pobreza ya endémica: la irresponsabilidad y la corrupción de los responsables políticos que aceptan compromisos que no hacen más que agudizar la indefensión de los pobres. Y lo que es más repudiable aún, durante años se han venido apropiando de las partidas asignadas al gasto social, con total impunidad. Los ejemplos en este sentido son tantos, que ya resulta proverbial la corrupción del político argentino, que ha ido endeudando y corrompiendo al país con su *ejemplo* hasta cotas impensables.

### **La ayuda ante la emergencia nacional**

La situación de emergencia alimentaria y sanitaria es un hecho en las provincias del interior y en las enormes bolsas de pobreza de las «villas de emergencia» del Gran Buenos Aires. Pero una realidad forjada durante tanto tiempo y que ha alcanzado tales proporciones, no se puede resolver ni con los diversos planes anunciados a bombo y platillo por los mismos políticos que tienen tanta parte de responsabilidad; ni

menos aún con la ayuda internacional, por bienintencionada que ésta sea, y por mucho que eluda los cercos de la clase política para que efectivamente llegue a los más necesitados. Un reciente informe, presentado por Naciones Unidas dentro de su Programa para el Desarrollo, destaca que «para el desarrollo humano de la Argentina, el desafío clave es una sociedad más igualitaria: si no se combate la desigualdad, no va a ser posible frenar la pobreza». Para lo que apunta la necesidad de hacer frente a unos 18 desafíos, de muy diverso sino, como múltiples son los aspectos y causas de la desnutrición infantil y de la crisis del país. Entre otros: «revertir el patrón inequitativo de los niveles de desarrollo humano; impulsar una política de descentralización genuina y equitativa; diseñar y ejecutar una estrategia federal de desarrollo regional, cooperativo, para atender a las provincias más atrasadas; reforzar capacidades y promover empleo digno».

Difíciles tareas para un país endeudado, desesperanzado y poco creíble. La respuesta ha de venir de la propia sociedad, que, enormemente fragmentada, desconfía de todo, particularmente de políticos, sindicalistas y, en general, de las instituciones y de la Justicia que han legitimado políticas de saqueo y han protegido escandalosamente a sus gestores. *Educar al soberano* para que las energías sanas de la sociedad, sean protagonistas de su desarrollo, liberándose de la presión demagógica de incompetentes políticos sin escrúpulos, que no dudan en utilizar a los pobres como armas arrojadas en sus pugnas partidistas. ■